

nos, pero Napoleón no se inquietó en modo alguno; sabía muy bien que el gobernador hacía todo aquello para intimidarles. Por último, llegaron de Corte los delegados del directorio con mandato de restablecer el orden, y como Napoleón estaba previamente avisado de su llegada, fué á recibirles en Bocognano, informándoles de lo ocurrido con relato favorable al batallón. Los delegados resolvieron que, para evitar nuevos disturbios, salieran los milicianos de Ajaccio, pero en satisfacción mandaron prender á treinta y cuatro vecinos que habían tomado parte capital en el motín, y además, cohonestaron en su informe oficial la conducta de los dos jefes.

Todos los historiadores que han relatado el motín de Pascua en Ajaccio, están acordes en considerar aquella jornada, respecto de Napoleón, como un aprendizaje y ensayo de lo que debía hacer en París el 18 de Brumario. Su propósito era apoderarse de la ciudadela, y para ello, según observa acertadamente Arturo Chuquet, incita á la rebelión al regimiento del Limosín, obliga á su pariente Coti á dar una contraorden ilegal, consiente que los voluntarios disparen contra el pueblo, ocupa una posición que le permita sitiarse á la ciudad por hambre, y persiste en que el Ayuntamiento se someta á las condiciones de paz que él propone. Conviene advertir que Napoleón sólo tenía entonces veintitrés años, y sin embargo, desplegó actividad extraordinaria con incomparable sangre fría en tan críticas circunstancias, pues contuvo á los voluntarios, á pesar de su excitación contra el vecindario, y llevó habilísimamente los tratos de paz, sin apartarse de su principal propósito. Verdad es que no tuvo escrúpulo en hollar la legalidad, pero el futuro héroe de Brumario no podía parar mientes en ello. Contaba con la fuerza, y la empleó de modo que indicaba que el Napoleón de veintitrés años tenía aptitud para desempeñar papeles más importantes en escenarios más vastos.



## CAPITULO X

## LA EXPEDICIÓN Á CERDEÑA

Poco después de las turbulencias de Ajaccio, marchó Napoleón á París. Los historiadores notan en este momento un cambio esencial en el espíritu de Napoleón á consecuencia de los sucesos en que tan activa parte había tomado. ¿Cuál era el propósito de Napoleón al discutir con Maillard y dar acertadas disposiciones para cercar la ciudad y obligarla á rendirse? Apoderarse de la ciudadela y enfilear los cañones contra la población. ¿Por qué no lo consiguió? Esto se preguntaba Napoleón, y aunque circunstancias difíciles de prever hubiesen contrariado sus proyectos, le cabía la convicción de verse presentido por hombres hábiles. Pero si éstos le habían presentido, era sin duda por dejarse él presentir, y así resolvió cambiar de táctica, mostrándose reservado y frío aun con su misma familia, á la que solía revelar sus propósitos y pensamientos. Antes de obrar, se estudió á sí mismo. En las cartas á sus hermanos se echó de ver desde luego la



modificación de su carácter, pues les refería sucintamente los sucesos que iban acaeciendo en Francia, sin los comentarios personales que antes prodigara. Como José habitaba en Corte, dirigía las cartas á Luciano y éste observó claramente la mudanza operada en su hermano, aunque dióle explicación torcida, achacándola á tibiezas del espíritu revolucionario, que él por su parte continuaba sintiendo arduosamente. Decía Luciano en una de sus cartas: «Es preciso sobreponerse á las circunstancias y tomar partido resueltamente... y desde hoy creo que, en caso de revuelta, sería Napoleón capaz de ponerse otra casaca.»

Este severísimo juicio denota exactamente la mudanza de las ideas de Napoleón, derivada del motín de Pascua en Ajaccio. Es preciso estudiar á los hombres y preparar con ellos los acontecimientos para dirigirlos á su vez. Napoleón había visto un ejemplo del poder de la habilidad reflexiva, que en Ajaccio desbarató sus planes, y por otra parte, había experimentado los efectos del motín, recordándolos con profundo horror, aunque le tocaba algo de culpa en su duración. Así le indignaron las manifestaciones que diariamente se celebraban en París á favor de la revolución. Algunos meses antes era ardoroso partidario de los clubes y aun hablaba en ellos, pero á su regreso de Córcega detestaba las manifestaciones públicas. Decía que el club de los jacobinos iba á causar la ruina del país, á causa de las demasías de lengua, y afirmaba que Francia necesitaba un brazo enérgico que restableciese el orden, continuamente perturbado. Esta opinión se vigoriza más y más en su mente al presenciar espectáculos de sangre, como la matanza de los guardias de las Tullerías. Había topado en la calle con grupos que enarbolaban cabezas clavadas en picas y le miraban desconfiados, porque en vez de aplaudir, parecía desaprobar tácitamente aquellos horrores.

Más que nunca le preocupa entonces el porvenir de su familia, y habla con particular cariño de sus hermanos en las cartas que envía á Ajaccio. Cree que José está en camino de lograr una buena posición política, y á este propósito le da excelentes consejos, diciéndole que proceda con habilidad, que desconfíe de tales y cuales personajes, á quienes no ha de parecer bien el encumbramiento de un Bonaparte, y sobre todo, que se mantenga á buen llevar con Paoli, cuya influencia

continúa siendo árbitra de Córcega. Napoleón creía que los sucesos del continente, cuyo aborto determinó él en gran parte, darían por resultado la independencia de la isla bajo la indiscutible magistratura suprema de Paoli. Por lo tanto, si José se captaba la confianza del caudillo, podía llegar á ser su secretario. Entretanto, era fácil que Paoli apoyase la candidatura de José para las elecciones de la próxima Asamblea legislativa, que había de convertirse en Convención. Ningún pormenor se le pasaba por alto á Bonaparte. Recordando tal vez las turbulencias de Ajaccio, escribió á José, diciéndole que la familia debía conservar cuidadosamente veinticuatro fusiles de miliciano que había en la casa, pues acaso les fueran útiles en alguna ocasión. Otro día, estando de visita en casa del diputado Leonetti, sobrino de Paoli, vió encima de la mesa una carta de Mario Peraldi, dirigida al capitán Jacobo Peretti, jefe de la gendarmería de Córcega. El inquieto y desconfiado espíritu de Napoleón sospecha que su enemigo Peraldi maquina algo contra él, y al punto escribe á Luciano, diciéndole que prevenga á Quenza, suegro de Peretti, para que vigile á su yerno.

Entretanto, Napoleón deseaba que le destinasen con ascenso á un regimiento de artillería. Todos los diputados por Córcega le ayudaron á conseguirlo, y aun el mismo Pozzo di Borgo, apaciguado por una visita de Napoleón, olvidó la derrota de su hermano en las elecciones de los jefes de milicianos. En cambio, Peraldi no cedió tan pronto á la benevolencia, y fué preciso que sus compañeros de diputación le prometieran nombrar capitán de gendarmes á un hermano suyo. Vencida con esto la última dificultad, reingresó Napoleón en el arma de artillería, destinado al cuarto regimiento con el empleo de capitán, al que fué promovido por decreto de 10 de Julio de 1792.

Se apresuró Napoleón á comunicar la noticia á su familia, que no cupo de gozo al verle capitán á los 23 años con 1.600 libras de sueldo, y como les había expresado en su carta el pesar de no intervenir en los asuntos de Córcega, le respondieron sin tardanza que no hiciese la insigne tontería de perder tan hermoso destino. Napoleón se dispuso, en consecuencia, á incorporarse al regimiento, pero los sucesos se atropellaron de modo que, con su impulso, desvanecieron aquel proyecto tan penosamente logrado. Los parisienses habían atacado las Tullerías, y la Asamblea legislativa acordó suspender al rey



en el ejercicio de sus funciones y que se eligiera otra Asamblea, cuya reunión se señalaba para el 20 de Septiembre. Napoleón no vaciló. Era preciso volar á Córcega y aprovecharse de las circunstancias para que José saliera diputado, facilitando con ello el logro de una posición para sí mismo. ¿Pero cómo desobedecer la orden que de incorporarse al regimiento acababa de recibir? Fecundo era en recursos el talento de Napoleón. Recordó que su hermana Mariana iba á salir muy luego del Colegio de Saint-Cyr, y que necesitaría, por lo tanto, de alguien que la acompañase á Ajaccio. Va Napoleón á Saint-Cyr, representa el caso al alcalde, y convencido éste de su verdad por declaración de la propia Mariana, extiende un certificado que le sirve á Napoleón para obtener, no sólo permiso de acompañar á su hermana, sino que el Estado le pague los gastos de viaje.

En Marsella estuvieron en grave peligro. Llevaba Mariana un sombrero con plumas de aire aristocrático, y al encontrarse con un grupo de jacobinos, empezaron éstos á dar voces de: «¡Mueran los aristócratas! ¡A la guillotina!» Napoleón respondió serenamente: «¡Tan aristócratas como vosotros!» Y arrancando el sombrero de la cabeza de Mariana, lo arrojó á lo lejos. El grupo de jacobinos aplaudió entonces tan ardentemente como poco antes vociferara. De Marsella fueron los dos hermanos á Tolón, en donde debían embarcar por cuenta del Estado y precisamente en un buque de cuya inspección estaba encargado Mario Peraldi en calidad de comisario de la Junta ejecutiva; pero aunque enemigo personal de los Bonaparte, no quiso negar la hospitalidad del buque á la gentil Mariana, y por lo tanto, tampoco á su hermano. Con todo, llegó Napoleón á Córcega demasiado tarde para influir en las elecciones, que acababan de efectuarse, quedando derrotado José, quien sólo tuvo 64 votos en el primer escrutinio.

Entonces Napoleón volvió á tomar posesión de su empleo de segundo jefe de la milicia nacional, cuya dimisión había tenido la prudencia de no presentar. El batallón constaba de seis compañías, mitad en Corte, mitad en Bonifacio, al mando éstas del primer jefe. Napoleón se aburría en Corte, pues la tropa estaba algo indisciplinada y no podía desplegar sus dotes de mando. Así es que halló medio de volver á Ajaccio, en donde más sosegadamente pensaba en el modo de trazarse una brillante carrera en cualquier parte que fuese. ¿Por



PALACIO MUNICIPAL DE AJACCIO (HÔTEL DE VILLE)

En el primer piso de este edificio, cuya construcción data de 1826, se halla el Museo Napoleónico.